

María y la Eucaristía

Fernando Ocáriz

En el contexto general eclesiológico de la Encíclica, la relación entre María y la Eucaristía se articula principalmente alrededor de la consideración de María como Madre y modelo de la Iglesia: "Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia" (n. 53).

María es Madre de la Iglesia por ser Madre de Cristo, por haberle dado la carne y la sangre; esa carne y esa sangre que en la Cruz se ofrecieron en sacrificio y se hacen presentes en la Eucaristía (cfr. n. 55). Este es el aspecto más inmediatamente perceptible de aquella "relación profunda" de la Virgen con el misterio eucarístico, tradicionalmente contemplado desde la antigüedad [2]. Pero la Encíclica se detiene especialmente en contemplar la relación de María con la Eucaristía en cuanto la Madre del Señor es modelo: "La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este altísimo misterio" (n. 53). Imitar, ante todo, su fe y su amor, en la anunciación y en la visitación a Isabel, donde María es realmente tabernáculo vivo de Cristo (cfr. n. 55); en el Calvario (cfr. nn. 56-57) y, más allá, cuando recibió la Comunión eucarística de manos de los Apóstoles (cfr. n. 56). Una fe y un amor que —como en el Magnificat— se desbordan en alabanza y en acción de gracias (cfr. n. 58). Es grande la riqueza de matices de esta llamada a la imitación de María "mujer eucarística", que la teología ha contemplado sobre todo en el contexto de la vida espiritual. Recuérdese la figura de S. Luis María Grignon de Montfort; por ejemplo, cuando escribe sobre la unión con la Virgen antes, durante y después de la Comunión eucarística, de modo que sea Ella quien reciba dignamente el Cuerpo de Cristo en nosotros [3]. Aunque menos frecuentes, tampoco han faltado ensayos de profundización especulativo-sistemática [4]. En estas páginas, me detendré sobre algunos de los aspectos en que la Santísima Virgen se manifiesta como "modelo de fe eucarística" y, después, sobre su "intervención" actual en la Eucaristía. María, modelo de fe eucarística

Cuando María era ya tabernáculo vivo del Hijo de Dios encarnado, escuchó aquella alabanza: *beata, quae credidit* (Lc 1, 45). "Feliz la que ha creído. María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando en la Visitación lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en "tabernáculo" —el primer "tabernáculo" de la historia— donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como "irradiando" su luz a través de los ojos y la voz de María" (n. 55).

La fe de María hacía su inteligencia tan "connatural" al misterio sobrenatural, que debemos considerar en Ella una "plenitud de fe" correspondiente a la plenitud de gracia con la que Dios la elevó desde su inmaculada concepción. Una connaturalidad con los misterios divinos que hace posible el pleno asentimiento, en su triple dimensión de *credere Deo, credere Deum et credere in Deum* [5]. Ciertamente, Santa María tuvo unos motivos de credibilidad excepcionales (sobre todo: el anuncio de San Gabriel; el experimentar que efectivamente tenía en sus entrañas, sin obra de varón, el Hijo anunciado; que también Santa Isabel y luego San José habían recibido de lo Alto el anuncio de su maternidad divina). Sin embargo, también en Ella, la fe fue siempre "de lo que no se ve" (cfr. Hb 11, 1). "Si Dios ha querido ensalzar a su Madre, es igualmente cierto que durante su vida terrena no fueron ahorrados a María ni la experiencia del dolor, ni el cansancio del trabajo, ni el claroscuro de la fe" [6].

Podemos considerar razonablemente que cuanto más intensa es la fe, mayor resulta también la dimensión de oscuridad que es, junto a la luminosidad, una dimensión esencial de la fe.

Ante el anuncio del Ángel, el *fiat* pronunciado por María fue un acto de fe plena: de confianza en Dios, de asentimiento intelectual a la verdad misteriosa que le era anunciada, y de completa entrega de su persona a Dios. Con ese *fiat*, la Virgen acogía en su seno al Verbo eterno dándole Ella su carne y su sangre. ¡Qué modelo para lo que debe ser acoger al Hijo de Dios en nosotros cuando recibimos la Comunión eucarística! "Hay, pues, una analogía profunda entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se

le pidió creer que quien concibió "por obra del Espíritu Santo" era el "Hijo de Dios" (cfr. Lc 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino" (n. 55).

Considerar la fe de nuestra Señora, como modelo de fe eucarística, nos lleva necesariamente a contemplarla al pie de la Cruz de su Hijo, ya que el sacrificio de la Eucaristía es el memorial sacramental que hace presente el sacrificio del Calvario. En realidad, como escribe Juan Pablo II, "María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén "para presentarle al Señor" (Lc 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería "señal de contradicción" y también que una "espada" traspasaría su propia alma (cfr. Lc 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el stabat Mater de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de "Eucaristía anticipada" se podría decir, una "comunión espiritual" de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como "memorial" de la pasión" (n. 56).

¿Cómo no ver aquí una invitación a imitar, también nosotros cada día, esa preparación de María al sacrificio de Cristo? Sólo con la fe, imitando la fe de María, mujer eucarística, es posible vivir todas las incidencias de la jornada, especialmente las que contrarían, como "preparación" de la personal participación en la Santa Misa. "El sentido cristiano de la Cruz se pone especialmente de relieve, sin duda, en las circunstancias graves, penosas o difíciles que los hombres atravesamos; pero ilumina también las circunstancias más corrientes, si nos decidimos a apreciar las pequeñas contradicciones cotidianas, que suponen una ocasión para el amor y para la entrega" [7].

Si, con toda su vida, la Santísima Virgen mediante la fe "hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía", esto culminó al pie de la Cruz. Allí, mientras Ella stabat, de pié, firme, no desmayándose —como piadosa pero equivocadamente se la ha representado

en mucha iconografía—; allí tuvo lugar en su alma "la más profunda *kénosis* de la fe en la historia de la humanidad" [8]. La íntima realidad de esta *kénosis* no pudo consistir en un "anonadamiento", en el sentido de anulación o disminución de la fe. Más bien cabe pensar que la fe de María, contemplando la terrible muerte de su Hijo, sufrió la más dura prueba "en la historia de la humanidad"; prueba de la que Ella fue plenamente vencedora. ¿Pudo esta prueba configurarse propiamente como una duda de fe? Pienso que en el Evangelio no disponemos de elementos suficientes para una respuesta del todo segura. Como es sabido, algún Padre de la Iglesia era del parecer que la Virgen sufrió al pie de la Cruz el asalto de la duda, lo cual no sería contrario a su plenitud de gracia y de fe [9], ya que la estructura misma de la fe hace posible la duda involuntaria y no consentida, compatible con el más alto grado de gracia y de virtud [10].

La fe de los cristianos en la Eucaristía puede sufrir los asaltos de la duda, más aún en estos tiempos cuando se percibe la ignorancia de tantos, la indiferencia de muchos e, incluso, los malos tratos que el Señor eucarístico recibe en su propia casa: abusos que Juan Pablo II una vez más ha denunciado con dolor en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cfr. n. 10). En cualquier caso, cuando la dimensión de oscuridad del misterio parece prevalecer sobre su luminosidad, acudir con humildad al ejemplo y a la mediación de Santa María son siempre ayuda segura para que la duda, ni buscada ni consentida, se transforme una vez más en victoria, no nuestra sino de Cristo en nosotros: "ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (1 Jn 5, 4) [11].

La presencia de la Virgen en el sacrificio eucarístico

Se trata de un aspecto especialmente misterioso, que presenta un dilatado horizonte a la reflexión teológica y a la contemplación espiritual. Efectivamente, la relación actual de María con la Eucaristía no es sólo de tipo, por así decir, histórico (el cuerpo y la sangre presentes en la Eucaristía fueron engendrados en y de María); ni tampoco se trata sólo de una relación de ejemplaridad

entre María y los cristianos ante la Eucaristía. No; se trata, además y en cierto modo sobre todo, de una verdadera presencia de la Madre en el hacerse presente sacramentalmente el Sacrificio del Hijo. Juan Pablo II lo expresa con palabras claras: "En el "memorial" del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro" (n. 57). Se trata de una verdadera presencia de la Virgen, ciertamente diversa de la presencia sustancial de Cristo en la Eucaristía: "María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas" (ibidem).

Podemos considerar que no se trata sólo de una presencia por "concomitancia gloriosa", es decir del simple hecho de que en la Eucaristía está presente Cristo glorioso y su Madre está inseparablemente con El en la gloria. En este sentido, todo el Cielo está presente en la Eucaristía. Más bien cabe pensar que esa presencia de María "en todas nuestras celebraciones eucarísticas" y, precisamente, "como Madre de la Iglesia", pertenece al núcleo del evento salvífico que se celebra, y que se trata de una presencia activa; es decir, que la Santísima Virgen, de algún modo, "interviene" en el sacrificio eucarístico. Así lo afirmaba San Josemaría Escrivá en una de sus homilías: "(En la Santa Misa), de algún modo, interviene la Santísima Virgen, por la íntima unión que tiene con la Trinidad Beatísima y porque es Madre de Cristo, de su Carne y de su Sangre: Madre de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre. Jesucristo concebido en las entrañas de María Santísima sin obra de varón, por la sola virtud del Espíritu Santo, lleva la misma Sangre de su Madre: y esa Sangre es la que se ofrece en sacrificio redentor, en el Calvario y en la Santa Misa" [12].

Esta intervención de la Virgen en el sacrificio eucarístico tiene, sin duda, su origen en su maternidad divina; en ese llevar Cristo "la misma Sangre de su Madre", pero no se reduce a esta realidad radical; se trata de una "intervención" actual "en todas nuestras celebraciones eucarísticas", que —atendiendo a la esencial identidad del sacrificio eucarístico con el sacrificio del Calvario— habrá que considerar en relación con la intervención de María al pie de la Cruz, pues, como explica Juan Pablo II en uno de los textos apenas citados, en la Misa está presente todo lo que Cristo ha realizado en la Cruz, "también con su Madre para beneficio nuestro". Veinte años antes, el mismo Romano Pontífice, lo afirmaba con estas palabras: "Cristo ofreció en la Cruz el perfecto Sacrificio que en

cada Misa de modo no sangriento se renueva y hace presente. En ese Sacrificio, María, la primera redimida, la Madre de la Iglesia, tuvo una parte activa. Ella permaneció junto al Crucificado, sufriendo profundamente con su Primogénito; con un corazón maternal se asoció a su Sacrificio; con amor consintió su inmolación: Ella lo ofreció y se ofreció a sí misma al Padre. Cada Eucaristía es un memorial de ese Sacrificio y de esa Muerte que restituyó la vida al mundo; cada Misa nos sitúa en íntima comunión con ella, la Madre, cuyo sacrificio "se vuelve presente" del mismo modo que el Sacrificio de su Hijo "se vuelve presente" en las palabras de la consagración del pan y del vino pronunciadas por el sacerdote" [13].

En suma, para aproximarnos a contemplar la "intervención" de María en el sacrificio eucarístico, hemos de contemplar su "intervención" en el Calvario *iuxta Crucem Iesu* (Jn 19, 25). Santa María se asoció, por la fe y el amor, al sacrificio de su Hijo "mediante el sacrificio de su corazón de madre" [14]. Ofreciendo el sacrificio de Jesús en unión con Él, Santa María realizaba un propio sacrificio, que —como se ha recordado en líneas anteriores— comportó "la más profunda *kénosis* de la fe en la historia de la humanidad"[15]. A la vez, es necesario afirmar la completa y sobreabundante suficiencia salvífica del sacrificio de Cristo, que no pudo ni puede ser "completado" por ningún otro sacrificio, tampoco por el de su Santísima Madre [16]. ¿Cómo entender entonces la intervención de María en el sacrificio redentor? Es una de las grandes cuestiones ante las que la Mariología, ya desde la Patrística, ha tenido siempre una inagotable materia de profundización [17].

Teniendo en cuenta que el sacrificio de la Cruz es ejercicio de la mediación de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres (cfr. 1 Tm 2, 5), podemos ciertamente considerar que María ejerce también su propia mediación al asociarse al sacrificio de su Hijo. A la vez, debemos afirmar que esta mediación mariana es esencialmente una mediación participada: "La mediación de María está íntimamente unida a su maternidad y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada" [18]. Parece oportuno detenernos brevemente en el concepto de participación. Se trata de una noción que abarca una amplia gama de realidades, desde la más fundamental participación trascendental del ser, que es la inmediata y siempre presente causalidad divina del acto de ser de cada criatura, hasta el simple tomar parte varias personas de un bien

material que se divide entre ellas. No es sólo el *partem capere* de la etimología latina directa, sino también el *habere partialiter* y, además, el *communicare cum aliquo in aliqua re* que nos remite al griego *koinonía*, es decir comunión [19].

Jesucristo no sólo realiza una función de mediación entre Dios y los hombres, sino que El, con su humanidad unida hipostáticamente a la divinidad, es Mediador.

Análogamente, las mediaciones participadas no son sólo una realidad funcional, sino un ser mediadores por participación. En Santa María, esta participación en la mediación de Cristo no se configura como sacerdocio ministerial ni como sacerdocio común, sino como una participación única y eminente en el sacerdocio de Cristo, correspondiente a su maternidad divina y a su maternidad espiritual sobre la Iglesia. De ahí que, con la expresión fuertemente subrayada por Juan Pablo II, la mediación de María posea "un carácter específicamente materno". La Madre de Jesús es también "nuestra Madre en el orden de la gracia" [20], pues "cooperó con el amor a que nacieran en la Iglesia los fieles" [21]. Esto supuesto, la mediación de María al pié de la Cruz tendrá características propias de una participación, pero no de una "aportación" que complemente de algún modo la eficacia salvífica del sacrificio de su Hijo. Más bien, es el mismo Cristo quien da a participar su eficacia redentora al "sacrificio del corazón de madre" de Santa María, haciéndolo suyo, según la estructura de la *koinonía* en su significado de participación-causalidad-comunión. Es decir, Jesús hizo suyo el sacrificio de María, en cuanto que el dolor de la Madre formó parte, y parte importante, del dolor del Hijo, y en cuanto que Jesús, ofreciendo al Padre su vida por la salvación del mundo, ofreció –asumido en su propio sacrificio, en *koinonía*, y no simplemente "añadido"– el ofrecimiento realizado por María de la vida del Hijo y de su propio martirio espiritual.

En realidad, la asunción de otros sacrificios en el sacrificio de Cristo se realiza continuamente en la vida de la Iglesia, pues el valor que, en el orden de la salvación, tienen los sacrificios personales que los cristianos ofrecemos a Dios no puede provenir más que de Cristo mismo, de que el Señor los haga suyos como Cabeza nuestra. Pero en el caso de la Santísima Virgen, esta realidad

tiene características propias, que la sitúan en un plano superior al de todos los santos. Para aproximarnos más a este misterio de la Madre, fijémonos precisamente en este carácter "materno" de su mediación y, concretamente, de su intervención *iuxta Crucem Iesu*.

Si tomamos —como debemos tomar— el término "materna" en sentido analógico propio y no simplemente metafórico, hemos de ver a la Virgen en el origen mismo de la vida sobrenatural, es decir participando de algún modo en la capitalidad de Jesucristo. En otras palabras, Jesucristo, asumiendo en su propio sacrificio el de su Madre, le dio a participar de su eficacia satisfactorio-expiatoria, meritoria y eficiente, con la participación—*koinonía* (plena unión espiritual) correspondiente a la plenitud de gracia de María, de la *kejaritomene*: la completamente transformada por la gracia [22].

En la metafísica de la participación, aplicada al orden sobrenatural, Santo Tomás de Aquino expone un principio de capital importancia: "Aquello que es por sí es medida y regla (*mensura et regula*) de aquellos que son por otro y por participación. Por tanto, la predestinación de Cristo, predestinado a ser Hijo de Dios por naturaleza, es medida y regla de nuestra vida y de nuestra predestinación, ya que somos predestinados a la filiación adoptiva, que es una cierta participación e imagen de la filiación natural"[23]. La aplicación de este principio arroja una luz notable para la contemplación teológica de la filiación divina del cristiano en su constitutiva relación con la filiación divina natural de Jesucristo, Unigénito del Padre y Primogénito entre muchos hermanos [24]. Asimismo, Cristo en cuanto principio de toda gracia (principaliter, en su divinidad; *instrumentaliter*, en su humanidad [25]) es "medida y regla" del carácter materno (capital por participación) de la mediación de María y, concretamente de su "intervención" al pie de la Cruz. Esta presencia de María en el sacrificio del Calvario es, pues, una presencia materna, no sólo respecto a Jesucristo, sino también respecto a la humanidad redimida, de manera que cuando el Señor nos la entregó en San Juan como Madre (cfr. Jn 19, 26-27), no constituyó su maternidad espiritual sino que la declaró.

Toda esta realidad se hace presente en la Eucaristía, pues —en las palabras de Juan Pablo II, ya citadas parcialmente antes— "en el memorial del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha

realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: "¡He aquí a tu hijo!". Igualmente dice también a nosotros: "¡He aquí a tu madre!". Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros —a ejemplo de Juan— a quien una vez nos fue entregada como Madre" (n. 57).

Estamos ante un aspecto del misterio de la Eucaristía que, a su vez, nos remite al misterio de la Redención por la Muerte y Resurrección gloriosa de Jesucristo: es un aspecto central del "misterio de la Madre". Son bien conocidos los esfuerzos de la teología por entender un poco más cómo se hacen presentes en la sacramentalidad de la Iglesia los misterios de la vida, muerte y glorificación de nuestro Señor [26]. Baste aquí recordar, con Santo Tomás, que la Pasión y Muerte de Jesús, así como su Resurrección, por la *virtus* divina, alcanza *praesentialiter* todos los lugares y todos los tiempos [27]. Y, en la Eucaristía, esa presencia del Sacrificio de la Cruz (y de todo lo que Jesús llevó allí a cabo, también con su Madre en beneficio nuestro) se realiza de modo que sólo Jesucristo está sustancialmente presente bajo las especies eucarísticas, con su fuerza salvífica capital de la que, sin embargo, su Santísima Madre participa, en esa plena *koinonía* por la que Jesús y María constituyen en la gloria, como en la Cruz y en la Eucaristía, del modo más perfecto, "un solo corazón y una sola alma" (Hch 4, 32).

Santa María, presente como modelo y Madre de la Iglesia en todas las celebraciones eucarísticas, "nos enseña a tratar a Jesús, a reconocerle y a encontrarle en las diversas circunstancias del día y, de modo especial, en ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, divino *afflante Spiritu*, con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre" [28].

También ante el misterio de la Madre, y concretamente en su ser "mujer eucarística", aunque la teología puede y podrá siempre profundizar mucho más, es necesario adoptar la actitud del silencio adorante y agradecido: *indicabilia Deitatis casto silentio venerantes*

[29].

Notas

[1] Las referencias a números, dentro del texto, se refieren en adelante a la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*.

[2] Cfr., por ejemplo, S. Efrén, *Himno 6, 7* (Lamy 592, 594); S. Ambrosio, *Sobre los misterios*, IX, 53 (PL 16, 403); S. Andrés de Creta, *Canon para la fiesta en medio de Pentecostés* (PG 97, 1425).

[3] Cfr. S. Louis-Marie Grignion de Montfort, *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, nn. 266-273 (*Œuvres Complètes*, Ed. du Seuil, Paris 1966, pp. 666-671). Sobre la riqueza que, para la vida espiritual, representa la relación de María con la Eucaristía, cfr. J. Esquerda Bifet, *Linee di spiritualità eucaristico-mariana*, en VV.AA., *Maria e l'Eucaristia*, Ed. Centro di Cultura Mariana, Roma 2000, pp. 216-237.

[4] Una visión de conjunto puede verse en A. Amato, *Eucaristia*, en *Nuovo Dizionario di Mariologia*, Ed. Paoline, Cinisello Balsamo 1985, pp. 527-541. Para una bibliografía general sobre el tema, cfr. E.M. Toniolo, *Nota Bibliografica su "Maria e l'Eucaristia"*, en VV.AA., *Maria e l'Eucaristia*, cit., pp. 309-330.

[5] Sobre la naturaleza de la fe como "connaturalización" de la inteligencia con lo sobrenatural, cfr., por ejemplo, B. Duroux, *La psychologie de la Foi chez S. Thomas d'Aquin*, Desclée, Tournai 1963, pp. 165-178; F. Ocariz - A. Blanco, *Revelación, Fe y Credibilidad*, Palabra, Madrid 1998, pp. 230-235.

[6] S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n.172.

[7] J. Echevarría, *Itinerarios de vida cristiana*, Planeta, Madrid 2001, p. 56.

[8] Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 18.

[9] En este sentido, por ejemplo, S. Basilio Magno, *Epistula 260*, 9 (PG 32, 965).

[10] Cfr. F. Ocariz - A. Blanco, *Revelación, Fe y Credibilidad*, cit., pp. 240-241.

[11] Sobre la oscuridad de la fe, que no anula ni disminuye su certeza, cfr., por ejemplo, C. Izquierdo, *Teología Fundamental*, Eunsa, Pamplona 1998, pp. 284-286.

[12] S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 89.

[13] Juan Pablo II, *Alocución*, 5-VI-1983: "Insegnamenti di Giovanni Paolo II" VI, 1 (1983) p. 1447.

[14] Juan Pablo II, Enc. *Dives in misericordia*, n. 9. Cfr. Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 58.

[15] Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 18.

[16] Como es sabido, el texto de Col 1, 24 (*Adimpleo ea, quae desunt passionum Christi, in carne mea pro corpore eius, quod est Ecclesia*) no significa que falte algo a la Pasión de Cristo en su eficacia salvífica objetiva, sino a lo que la Iglesia, según el designio divino, ha de poner de su parte en la aplicación de la redención, es decir en la llamada redención subjetiva.

[17] Para la época patrística, cfr., por ejemplo, F.L. Mateo-Seco, *María, Nueva Eva, y su colaboración en la Redención, según los Padres*, en "Estudios Marianos" 50 (1985) pp. 52-69. Más en general, cfr., J.L. Bastero, *María, Madre del Redentor*, Eunsa, Pamplona 1995, pp. 290-302.

[18] Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 38.

[19] No es aquí posible una exposición siquiera sintética de un tema filosófico de tal envergadura. Para un estudio especializado, profundo y extenso, sigue siendo fundamental la obra de Cornelio Fabro: cfr., especialmente, *La nozione metafisica di partecipazione* (SEI, Torino 1950) y *Partecipazione e causalità* (SEI, Torino 1960).

[20] Conc. Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, n. 61.

[21] S. Agustín, *De Sacra Virginitate*, 6 (PL 40, 399), citado en *Lumen gentium*, n. 53.

[22] La expresión latina *gratia plena* es una adecuada traducción "teológica" del término griego *kejaritomene*, que literalmente se traduciría más exactamente por *gratificata*, en el sentido de "transformada por la gracia", como se lee en la versión latina del *Codex Palatinus* (e) de la tradición africana. Pero, usado como nombre propio de la Virgen en el anuncio del Ángel, viene a significar que esa transformación por la gracia es lo que "define" la persona de María. De ahí que adecuadamente digamos que Ella es completamente transformada por la gracia o "llena de gracia". Sobre este tema, cfr. I. De la Potterie, *Kejaritomene, en Lc 1,28. Étude philologique*, en "Biblica" 68 (1987) pp. 357-382; y *Kejaritomene en Lc 1,28. Étude exégetique et théologique*, en "Biblica" 68 (1987) pp. 480-508.

[23] S. Tomás de Aquino, *In Epist. ad Romanos*, c. I, lec. 3.

[24] Cfr. F. Ocariz, *Hijos de Dios en Cristo*, Eunsa, Pamplona 1972; *Idem, Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona, 2ª ed. 2001, pp. 69-106.

[25] S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, III, q. 27, a. 5.

[26] Cfr., por ejemplo, A. Miralles, *I sacramenti cristiani*, Apollinare Studi, Roma 1999, pp. 336-356.

[27] Cfr. S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, III, q. 56, a. 1 ad 3.

[28] S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 94.

[29] S. Tomás de Aquino, *In De Divinis nominibus*, c. I, lec. 2.